

Saint-Aubin  
Estudiando *La horda*  
(*Heraldo de Madrid*, 22-4-1905)

Cómo se prepara una novela.—Blasco Ibáñez.—Las viviendas de los gitanos.—Por los campos.—Los dañadores.—Peligros en la caza.

Basta al novelista, para ganar nombre y dinero, poseer un caudal de imaginación y lanzarse al emborronamiento de cuartillas, hilvanando series de cuentos tártaros, árabes y persas, hijos todos de fastuosa y exuberante fantasía, sin que necesiten para acreditarse como buenos ostentar ninguno título ni lazo de parentesco con la realidad.

¡Lamentable error!

Sabedlo cuantos no lo sepáis, que serán pocos: en la novela, los personajes suelen ser retratos; las escenas se han vivido, y la realidad asoma constantemente como maestra incomparable para novelistas, literatos, pintores y todos cuantos del arto y por el arte viven.

Pronto advierte el lector un poco avisado, en las que se venden por decenas y aun centenas de millar, si el autor ha vivido la vida de los personajes presentados en su obra, siendo guerrero con sus guerreros; maquinista de una locomotora, para describir la tragedia desarrollada sobre los rieles del ferrocarril, o mineros o contrabandistas en la tripulación de un falucho y arriesgados visitantes de cabilas marroquíes cuando el deseo de llevar a la novela la mayor verdad posible en sus descripciones les llevó, sin cuidarse del riesgo, a no poco peligrosas empresas.

No tarda en descubrirse el estudio concienzudo y la copiosa documentación auténtica, pudiéndose fácilmente establecer la diferencia para entregarse con reserva a las emociones cuando la lectura lleva el espíritu a monsergas propias para describir hazañas de príncipes blondos, de doncellas blanco-anémicas y leyendas azules de lánguido nenúfar, o cuando con arte supremo relampaguean el reflejo de grandes alegrías y dolores humanos.

La novela exige, amén del talento que por clasificación corresponde a cada novelista, un trabajo sumamente penoso: ponerse con frecuencia en contacto de muchas miserias, sacrificios pecuniarios y

exponerse a riesgos más reales y positivos que los que luego corren, despertando vivísimo interés en el lector, los heroicos protagonistas de la novelesca narración.

Demostraré la verdad de las anteriores afirmaciones, para que nadie se llame a engaño, señalando un caso.

Con expresión en el semblante de gran fatiga, cubierto de polvo y visibles vestigios de haberse arrastrado por el suelo entre zarzas y jarales, me encuentro una mañana al ilustre novelista Blasco Ibáñez.

Miro asombrado su *toilette*, de la que, descontando el equipo guerrero, es muy parecida a la de los valerosos *boers*.

—¿De dónde viene usted? —le pregunto.

—¡Che!... ¡Si viera usted de dónde vengo!... He pasado la noche en la comisión de un delito.

—¿Consagra usted ahora su tiempo a tan divertida tarea?

—No; lo consagro a escribir *La horda*.

—¡*La horda*! —exclamo.

—Sí, *La horda*.

—No le faltarán a usted modelos en el presente momento histórico.

—Abundan mucho, si se busca un poco, dentro de todas las clases sociales, los que pueden formar en las filas de mi horda; pero claro está que la masa y la rica cantera no se ha de buscar en suntuosos alcázares ni viviendas lujosas...

—¡Es natural! —interrumpo—. ¿Qué lugares ha explorado usted?

—Muchos, infectos, horripilantes, y que me han llevado como a un mundo nuevo, desconocido para mí. He pasado tres días en las Cambronerías, y en viviendas que podrían envidiar el aseo y comodidades de las que forman los pestilentes aduares marroquíes. Es pintoresca la población, que se divide, según dicen los habitantes cambronerías, en cinco naciones: de payos (mendigos), quinquilleros y gitanos andaluces, castellanos y manchegos. Viven separados y casi en estado permanente de guerra. Más que en otras, entre estas minúsculas naciones se demuestra a diario que la *force prime le droit*, y el que más puede con los puños y la faca es el amo y señor de vidas, honras y haciendas.

»Las viviendas de los gitanos dan exacta idea de cómo pudieron ser las prehistóricas, sin chimenea, ahumadas, de irrespirable atmósfera,

y en ellas pasan el día tocando la guitarra, o tumbados al borde del río, con el estómago hueco, hasta que vuelven las mujeres de robar lo que pueden y decir la buenaventura.

»No son muy borrachos los gitanos, y su mayor vicio y voluptuosidad es tomar chocolate, seco o líquido. Con frecuencia las mujeres traen un duro, que totalmente se invierte en chocolate, y se arma la juerga con el festín chocolatero, acudiendo los vecinos para admirar el lujo del banquete.

»—¡Qué gachos!—suele exclamar algún viejo y hambriento *calé*.

»En verano, todos marchan a las ferias para hacer *chambos* de caballos y borricos. Únicamente las gitanas andaluzas se ganan la vida diciendo la buenaventura, un poco también las castellanas; pero las manchegas solo comen de lo que ganan sus hombres, y prefieren morir de hambre antes que lanzarse a embaucar y engañar a incautos.

»Pienso en *La horda* describir una boda gitana...

—No será recomendable la lectura para niñas que solo pueden asistir a representaciones de sábados blancos —interrumpí.

—¡Psch!... Allá veremos; pero no pienso omitir ningún detalle: ni la descripción de las funciones encomendadas a una vieja que titulan *madre de las vírgenes*, ni pasar por alto los casos en que cae sobre la novia una lluvia de flores y de almendras, o de bofetadas y aun de navajazos.

»Sobre esta horda pasa la civilización sin detenerse, como el tranvía eléctrico que cruza rápidamente cerca de las viviendas gitanas. Son dos mundos que no se mezclan: uno, estacionado en la vida contemporánea de los faraones; el otro, el nuestro, el del progreso, que asoma con los *trolley* del tranvía.

»No es menos interesante el estudio de los traperos. Entre ellos he pasado una semana corriendo el campo desde los Cuatro Caminos a Fuencarral. Para fraternizar con esta horda es necesario beber vino; si no, callan como difuntos.

»A fuerza de jarros de peleón logré volverlos comunicativos. Alguno de ellos, entre guiños, y después de largo palique, me decía misteriosamente:

»—Ya sé a lo que vienes... eres cargueño (policía) o de los Consumos; pero convidas y seremos amigos.

»En la construcción de sus cabañas emplean materiales cuya heterogeneidad asombra. Latas, botes de conservas, tiboires de porcelana, recipientes de todo uso y empleo, forman el muro de sus viviendas que parecen escobazos de basura, en cuyos montones han abierto cavidades para que entre un rayo de luz.

—Bueno; pero eso delito que ha cometido usted hoy, ¿está relacionado con *La horda*? —pregunté.

—¡Ya lo creo!... usted verá.

»Me interesaba estudiar la vida de los cazadores furtivos, laceros del campo y dañadores. Estos son, como usted comprenderá, muy reservados y de poco fácil acceso.

»Para entrar en contacto con ellos he tenido que hacer un verdadero derroche de *influencias*, y algo me han valido mis antecedentes políticos.

»¿Conoce usted el barrio de las Californias?

—No—respondo.

—Pues existe en las cercanías de Madrid, y en él podrá usted comprar casi constantemente carne de ganso a poco más de una peseta el kilo, según precio corriente y tarifa establecida. Entre los ventorros de la California hay uno que no señalaré ahora ni luego, por razones fáciles de comprender.

—Perfectamente —exclamo.

—Varios días de visiteo me permiten entablar algunas amistades, y anoche penetré cuando estaba reunida una treintena de hombres.

»La luz incierta, las conversaciones mantenidas en voz baja y el aspecto de los personajes evocaban en mí el recuerdo de fantásticas leyendas de Víctor Hugo.

»Salimos, y advierto en seguida que todos marchan sin hacer ruido, caminando como en un ensueño. Delante de nosotros trota un grupo de perros que no ladran nunca, y cuyas pisadas tampoco se sienten.

»Aparece ante nosotros la obscura e interminable línea de una elevada tapia.

»Los perros se alzan de patas; un hombre los lanza sobre el caballete del muro, y poco después se siento el ruido sordo de la caída al otro lado.

»Son los primeros exploradores que entraron en campo de acción, unos momentos de espera, y luego comienzan a saltar silenciosamente los hombres. Siento que me aúpan; me encuentro en lo alto de la tapia; me dejo caer, lastimándome dolorosamente, pero sin lanzar un quejido, y... ya estamos todos en condiciones de servir de blanco para disparos de tercerolas y fusiles.

»Comienzan las operaciones, y se lanza el bicho a sus empresas, convenientemente embraguetado.

»“¡Es muy rico este hurón!”, me había dicho, antes de penetrar en la inmensa propiedad, el amo, besando al animal, que devolvía los cariños con mimos y lengüetadas.

»Arrastrándose de vivar en vivar y de boca en boca, sin producir el menor ruido al deslizarse entre retamas y jarales, aquellos hombres alzaban ante mí vivas las leyendas de Gustavo Aymard, de los sioux y los apaches, la vida, en fin, de las grandes praderas y sabanas del Nuevo Mundo. Iguales tretas, idénticas señales para la inteligencia entre ellos en medio de la más profunda obscuridad, con imitaciones del canto de los pájaros y del gruñido de las alimañas. Cada uno de aquellos dañadores me parecía encarnar al gato tigre, el valiente y astuto indio que inspiró innumerables narraciones.

»Más arriesgada es la vida para estos laceros que para aquellos cazadores de cabelleras; más plomo han recibido en el cuerpo estos caras pálidas, persiguiendo gazapos, que aquellos pieles rojas cornadas y zarpazos al acosar búfalos o jaguares. Ninguno de los hombres que me acompañaban tenía la piel limpia de cicatrices, producidas por las balas y postazos... sin contar las huellas de mordiscos y patadas que propina un temible caballejo, montado por un no menos temible guarda de la propiedad.

»Cuando más embebidos estábamos en nuestra tarea, se escuchó el canto de un pájaro... El hombre que estaba más cerca de mí respondió a la trova pajarera en igual forma, y en el instante aparecieron cerca de nosotros varias sombras.

»“¡Tener buena noche!”, dijeron gravemente, y se alejaron con rapidez.

»Era otra partida de infelices dañadores, que abandonaban un campo de operaciones invadido por nosotros, y digo infelices porque todos estos cazadores furtivos, que arriesgan constantemente la vida y la

libertad saltando la tapia, cuando tienen jornal o trabajo en los tejares, no hay cuidado que se pongan al alcance de los proyectiles ni de los guardas... Es el problema latente... una finca inmensa, de muchas leguas, riquísima, rodeada de hambrientos, y cuando el hambre aprieta... pues los nutre, aunque cuesta jugarse la cabeza el pedazo de pan que se busca.

»Siguieron cazando mis compañeros. Yo, tumbado al pie de una encina, me puse a contemplar las estrellas.

—¡Asomaba el poeta! —interrumpí.

—Cuando menos el soñador, porque entornando los ojos veía manadas de búfalos en grandes praderas; jinetes de abigarradas túnicas y plumas en la cabeza, disparando a todo correr de sus caballos, y entre fieras y cazadores, la figura de un perro épico, que me habían descrito mis acompañantes, y que conserva disecado la Administración. *Puesto en ama* se llamaba, y hubo noche en que ganó para sus amos tres mil reales matando corzos...

»“Don Visente”, dijo una voz cerca de mí sacándome del ensueño: “antes de una hora vendrá el día; aquí ya no conviene estar”.

»Gateando volvimos cerca del muro, con iguales precauciones que al entrar para salir; saltó, y... lo aseguro que entonces pude respirar a mis anchas.

—¿Lo dieron a usted participación en el botín?

—¡Hombre!... no cogí ni un conejo; pero sí una *liebre* enorme al franquear la tapia. Ya ve usted cómo cojea; el golpe fue rudo, y tengo para unos días de dolores y formidable consumo de árnica.